

FABRIZIO SILEI

# OGRO BELLO



edebé

OGRO  
BELLO

Texto de Fabrizio Silei  
Ilustraciones de Fabrizio di Baldo

Título original: *Orcobello*  
© traducción al castellano de Marinella Terzi

© 2017 Editrice Il Castoro  
Milano/www.castoro-on-line.it  
This book was negotiated through Ute Körner Literary Agent,  
Barcelona - www.uklitag.com

© Ed. Cast.: Edebé, 2019  
Paseo de San Juan Bosco, 62  
08017 Barcelona  
www.edebe.com

Atención al cliente 902 44 44 41  
contacta@edebe.net

*Directora de Publicaciones:* Reina Duarte  
*Editora de Literatura Infantil:* Elena Valencia

Primera edición, octubre 2019

ISBN: 978-84-683-4531-4  
Depósito legal: B. 17332-2019  
Impreso en España  
Printed in Spain  
EGS – Rosario, 2 – Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

FABRIZIO SILEI

# OGRO BELLO

ILUSTRACIONES DE FABRIZIO DI BALDO

Traducción de Marinella Terzi

**edebé**



# Capítulo uno

**E**n el país de los Ogros, próximo al monte Nicodemo, nacen ogros continuamente. Para que nos entendamos, no son los clásicos ogros de otras épocas. Los tiempos cambian y ellos también tienen sus problemas para hacerse respetar y encontrar niños, perros, gatos y personas dispuestas a dejarse comer sin protestar, sacar adelante causas y apelar a los derechos universales. Pero siguen siendo ogros, peludos, con las orejas puntiagudas, grandes tripas, bocas enormes, dentados a más no poder, llenos de granos, con manos gigantes y todo lo demás. Tampoco las ogresas y los ogritos son distintos a como eran hace trescientos años.



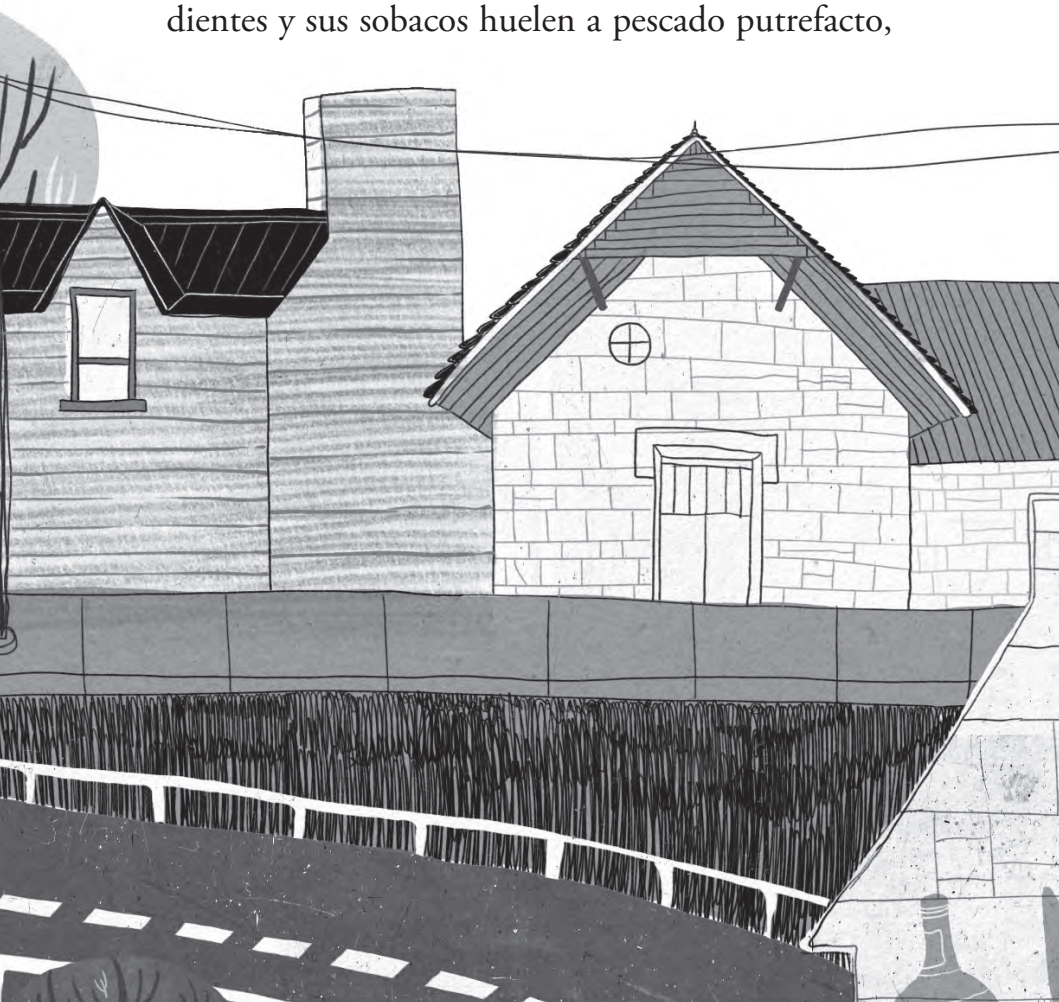
Solo que son un poquito más modernos, ven la tele, navegan por Internet, se zampan hamburguesas, carteros de uniforme y cualquier cosa que se les ponga por delante, y eructan de lo lindo como han hecho siempre.

Como es lógico, a los ogros les encanta dedicarse a las tareas propias de su raza, pero con la carencia



de cuentos clásicos que hay, ahora muchos están en paro.

Ogrestes es el alcalde de la ciudad de Ogrídea (que, aunque lo parezca, no tiene nada que ver con las flores, para que lo sepáis) y es el ogro más ogro de todos. Sus eructos son tremendos; sus pedos, pestilentes y estruendosos; no se lava nunca los dientes y sus sobacos huelen a pescado putrefacto,





tanto que notas que llega con su todoterreno aunque esté a dos kilómetros de distancia. Muchos creen que se trata del camión municipal de la basura, pero es el alcalde con el brazo apoyado en la ventanilla abierta. Por no hablar de lo que le huelen el aliento y los pies. Pero todo eso que nosotros los humanos vemos como defectos, en Ogrídea son méritos. Las ogresas se mueren por él, y su mujer, Ogralea, está celosísima.

Su vida transcurre tranquila, es un alcalde querido y respetado por todos. Fue él quien se empeñó en abrir, y lo logró, el centro de deterioro de hamburguesas en Ogrídea. El olor se percibe ya desde la autopista y es el destino de muchas familias de ogros que van allí a pasar el domingo zampando exquisitas hamburguesas echadas a perder. También fue él quien ganó el año pasado el concurso de escupitajos y se proclamó campeón en destripar ratones rebozados en caca de ternera.

Un ogro reputado, vaya, que tiene una mujer espléndida, más fea que Picio, y dos hijas horribles.

La mayor se pasa la vida queriendo comerse a la pequeña y hay que vigilarla todo el tiempo.

Pero su mayor deseo no se ha cumplido todavía: tener un hijo varón. Y es aquí donde comienza nuestra historia, un día horrible de mayo...

Ogrestes estaba en su despacho, dándole vueltas a cómo realizar una nueva porquería que dejara boquiabiertos a sus conciudadanos, cuando sonó el teléfono.

—¡Señor alcalde! —dijo Ograca, la ogresa secretaria—. Lo han llamado del ogredal. ¡Parece que ha llegado el momento!

Ogrestes, fuera de sí de la alegría, no perdió el tiempo, saltó por la ventana a la terraza del barbero, se metió en su todoterreno repleto de bolsas vacías de patatas y gurruños, colillas y basura, y partió a toda velocidad esquivando por los pelos a cuatro ancianos que paseaban por la calle. Al poco rato, enfiló la bocacalle del ogredal gritando:

—¡Esperemos que sea un chico! ¡¡¡Sí!!!